

# CAMPAÑA POBREZA CERO

## Prólogo

Todo confluye, todo gira alrededor del misterio radical de la existencia, de estar siendo. Cada persona única, capaz de la desmesura de crear. Dotada de unos derechos humanos inherentes e indivisibles. Pero hay uno que condiciona el ejercicio de todos los demás: el derecho a la vida. Derecho a una vida digna. El concepto de dignidad humana debe hallarse en el punto central de nuestro comportamiento cotidiano. Requiere un contexto en el que rijan los “principios democráticos” que con tanta precisión establece el preámbulo de la Constitución de la UNESCO: justicia, libertad, igualdad y solidaridad. “Solidaridad intelectual y moral”, añade este texto luminoso.

Sin embargo, todos los proyectos de desarrollo – integral, endógeno, sostenible, humano... – que sucesivamente se fueron definiendo en la Asamblea General de las Naciones Unidas para compartir mejor, para evitar desgarros en el tejido social que pudieran convertirse en caldos de cultivo propicios a nuevas confrontaciones, pronto se fueron desvaneciendo al tiempo que, una vez más, el perverso adagio de “Si quieres la paz, prepara la guerra” prevalecía sobre el de “Si quieres la paz, ayuda a construirla con tu proceder cotidiano”. Una vez más, rehenes de la producción de artefactos bélicos. Una vez más, las ayudas para el desarrollo sustituidas por préstamos concedidos en condiciones draconianas, que desvirtúan la misión originaria de las instituciones de Bretton Woods – el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial “para la reconstrucción y el desarrollo” – y que benefician mucho más a los prestamistas que a los prestatarios. En lugar de desarrollarse, se van empobreciendo países potencialmente ricos, explotados por la colonización tecnológica y el conocimiento, por los más prósperos.

En la década de los ochenta, al término de la Guerra Fría, en lugar de los tan esperados “dividendos de la paz”, los países más ricos de la tierra decidieron sustituir el esperanzador “Nosotros, los pueblos...”, de la Carta de las Naciones Unidas, por “Nosotros los poderosos”, sustituyendo también los principios universales que orientan y dan fuerza a la infinita diversidad humana, por las “leyes del mercado”, en una abdicación de responsabilidades políticas que pasará a la historia - y no sólo por sus pésimos resultados – como una dejación inadmisible de los deberes democráticos. En efecto, se han ido diluyendo los propósitos sociales de las ideologías y las religiones, y todo lo ocupan y disculpan la economía, el empleo y las metas inmediatas de índole material. Entretanto, el desencanto de quienes “creían” en unos enfoques, más “humanos”, en una forma distinta de abordar los grandes temas, en unos valores comunes, ha ido en aumento. El ocaso de lo espiritual coincide con el apogeo de la confusión y de la infelicidad. D. Antonio Machado, no me canso de repetirlo, nos lo advirtió: “Es de necio confundir valor y precio”. Han confundido valor y precio. Y no debemos resignarnos.

“Pobre”, según la Real Academia Española significa “necesitado, que no tiene lo necesario para vivir”. La pobreza es una injusticia, una discriminación, una afrenta a la dignidad, una forma de violencia ya que afecta al derecho esencial a la vida.

Para movilizarnos eficazmente contra unas asimetrías y disparidades que en lugar de reducirse se amplían, son necesarias, entre otras, dos actitudes: conocer y comparar. La realidad no puede modificarse si no se la conoce en profundidad. Un conocimiento superficial, epidérmico, permite a lo sumo modificar percepciones, pero no lo que subyace. Saber y no olvidar el número de seres humanos que vive a veces hacinado en los barrios más desfavorecidos y marginados de la aldea global. Mil cien millones de personas con dificultades de acceso al agua potable... más de cuarenta mil mueren al día de hambre y olvido... casi dos mil millones de seres humanos sobreviven con un dólar al día.

Cuando hablamos de pobreza, siempre miramos hacia fuera, preferentemente hacia el sur. Pero no debemos olvidar que, incluso en los países más prósperos, son muchos los que viven miserablemente. Ahora mismo, en mayo de 2005, Unicef ha indicado que en España viven 1.2 millones de niños por debajo del umbral de la pobreza (de los cuales 220 padecen pobreza severa). Este número representa una tasa de pobreza infantil del 13.3%. En los países nórdicos este porcentaje es del 3% ... y en México y Estados Unidos alcanza el 20%! El mejor logro reciente es el declive demográfico debido, sobre todo, a la educación. Pero cada día aumentan los habitantes de la tierra, a pesar de todo, en aproximadamente ciento ochenta mil personas, al tiempo que el cambio climático, el mayor consumo y la mala gestión, reducen los recursos hídricos... . Al mismo tiempo y en los mismos “barrios”, los recursos naturales – petróleo, gas, minas de diversa índole, caladeros... – son explotados por grandes corporaciones, que campan a sus anchas impunemente en el espacio sin ley supranacional. ¿A quién pertenece África? ¿A quién pertenecen, en realidad, los distintos países...?. Conocer, conocer la realidad para poder iniciar la transformación que a todos beneficiaría.

Y comparar. Apreciar lo que tenemos: paz, libertad, agua potable, fría y caliente, energía eléctrica... . Valorar debidamente nuestras condiciones de vida, que en buena medida no son el fruto de nuestro esfuerzo, para fomentar a escala individual y colectiva un “impulso de solidaridad”, para tener en cuenta permanentemente a los otros, para ser “nos-otros”.

Más que nunca es apremiante disponer de un sistema de las Naciones Unidas, fuerte y vigoroso, tal como lo ideó Roosevelt. Junto a las instituciones económicas y financieras, junto a las grandes decisiones políticas y de seguridad mundial, se establecieron una serie de agencias especializadas en los aspectos fundamentales del bienestar y del desarrollo: nutrición (FAO); trabajo (OIT); educación, ciencia y cultura (UNESCO); salud (OMS); infancia (UNICEF)... . Tal como ha recordado recientemente Joaquín Estefanía, el informe Pearson recomendó en 1969 que el 0.7% del producto interior de los países más avanzados se dedicara a ayuda para el desarrollo. Ahora, el informe Sachs propone tres grandes medidas: comercio justo (y eliminación de los aranceles a la exportación); condonación de la deuda a los países más pobres; y cumplir, ahora sí, la ayuda del 0.7% del PIB. De esta manera se daría seguimiento a las “pautas” que las Naciones Unidas, a pesar de su marginación por las grandes potencias no han cesado de proporcionarnos durante la década de los noventa: educación para todos ( Jom Tien, 1990); medio ambiente (Río de Janeiro, 1992); desarrollo social (Copenhague, 1995); mujer y desarrollo (Pekín, 1995)... .

En “Un mundo nuevo”, propuse en 1999, cuatro nuevos contratos (económico y social; natural; cultural y moral), junto a un plan global de desarrollo endógeno, que permitiría reducir la exclusión, la frustración y los sentimientos de animadversión en los países más postergados, al tiempo que aumentaba el número de “clientes o participantes” para el fomento de una economía “no de guerra”. Ha llegado el momento de transitar desde una cultura de imposición, violencia y guerra a una cultura de conciliación, diálogo y paz. En lugar de seguir construyendo artefactos militares de gran poder de destrucción, pensados para una confrontación bélica tradicional, es necesario reforzar los dispositivos de seguridad, de vigilancia, de anticipación, con todos los recursos humanos y técnicos pertinentes. Seguimos la inercia de la economía que invierte cada día dos mil ochocientos millones de dólares en armamento. Somos rehenes de poderosísimas corporaciones que siguen imponiendo su lógica. La agenda de la seguridad debe ser paralela a la de la lucha contra la pobreza. La paz de la seguridad es la paz de la injusticia y el silencio. Es la paz precaria que convive con los paraísos fiscales y los tráficos de armas, drogas, personas. Es la paz fría de la falta de recursos para hacer frente a las grandes pandemias actuales o previsibles (sida, sars, gripe aviar), a la malaria, a la tuberculosis, al cáncer, al Alzheimer... . Estos son los desafíos que siguen ocultándose a la sombra de la maquinaria de guerra.

La lucha contra la pobreza no es sólo y en primer lugar una acción humanitaria de socorro. Es una cuestión de justicia y, en consecuencia, debe ir precedida de todos los esfuerzos y mecanismos de previsión, prevención o reducción del impacto, en el caso de catástrofes naturales. Y, en cualquier caso, después de la acción de socorro, la rehabilitación y normalización de la vida ciudadana. Esta es la solidaridad exigible hoy. Esta es la forma de actuar que la ciudadanía mundial exige. Hasta ahora, se han obedecido las directrices del poder, en calidad de súbditos. Esta situación ha terminado. En los albores de siglo y de milenio, se produce el despertar de la sociedad, de los ciudadanos del mundo que quieren llamar a las cosas por su nombre. Que quieren que la democracia sea realmente el reflejo de su voz y no el cumplimiento, a veces totalmente arbitrario, de unas normas que han venido, desde hace décadas, contando a los ciudadanos sin tenerlos en cuenta. La democracia son urnas, pero las elecciones son un medio, no un fin. La resignación y el “sin remedios” han concluido porque, gracias a los medios de información, sabemos lo que sucede. Sabemos los lacerantes desequilibrios resultado del modelo económico actual: la pobreza y el hambre. La marginación. Sabemos también que los pueblos no están todavía en el escenario. Que las mujeres ocupan un espacio reducidísimo, sobre todo en la toma de decisiones. Y sabemos, por encima de todo, que podemos movilizarnos, que podemos formar una gran red a escala mundial, que podemos fomentar un clamor popular, presencial o virtual, a través del Internet y de los teléfonos móviles.

Y volver la vista hacia este marco ético-jurídico que representan las Naciones Unidas, que deben refundarse para dar cabida, precisamente, frente a unos estados debilitados y unas corporaciones multinacionales de extraordinarias dimensiones, a la sociedad, uno de los componentes indispensables de sus estructuras deliberantes y ejecutivas. Sabemos que el siglo XXI puede ser el siglo de la gente. El siglo de unas organizaciones no gubernamentales que no se utilicen únicamente como piezas de la acción humanitaria para momentos de emergencia sino como representantes de los pueblos para el diseño de las políticas y estrategias para un futuro menos sombrío. Un futuro en el que serían impensables genocidios como los de Cambodia, Ruanda – para no hablar más que de los recientes -, u operaciones como la “Cóndor”, para lograr la

hegemonía hemisférica... y la malnutrición y la muerte en el desamparo y el olvido. ONG's que trabajaran para los menesterosos con los beneficiarios de la ayuda, en escucha permanente. Sin imposición de modelos.

En el año 2000, 189 países de la ONU se comprometieron – objetivos del milenio – a erradicar la pobreza extrema y el hambre para el año 2015. Como en este libro se detalla, son ocho los objetivos del milenio. Son compromisos, que han ratificado, recientemente, al inicio de la Asamblea General en septiembre de 2004, los presidentes Lula – gran promotor de Porto Alegre y de la lucha contra el hambre -, Lagos, Chirac y Rodríguez Zapatero, junto al secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan. Desde la condonación de la deuda a los países más pobres a “retenciones de solidaridad” e impuestos a las transacciones financieras diarias, etc. son diversas las medidas anunciadas por distintos jefes de estado (Chirac, Blair Schröder...). Ha llegado el momento de la acción. Son imprescindibles – como ha subrayado Ignasi Carreras, director de Intermon / Oxfam – cambios importantes en las actuales normas del comercio internacional. Debe aumentar rápidamente el gasto público en prestaciones sociales – pensiones, sanidad, infancia, familia, ecuación -... lo que es totalmente incompatible con la producción y comercio de armamento. No ha habido manera de detener o desacelerar las inversiones en armas, ... y hemos guardado silencio. Silencio personal, silencio institucional. Como decía antes, esta situación debe terminar. De hecho, el 15 de febrero del año 2003, representó una inflexión extraordinaria a este respecto: más de cien millones de personas se manifestaron contra la guerra de Irak, infundada, innecesaria, mortífera, inmoral. No fueron escuchados. Pero ya fueron oídos.

La toma de conciencia a escala global puede ahora facilitar la expresión de grandes clamores populares no sólo para disentir, no sólo en contra de algo sino a favor de las propuestas correspondientes, dando un vuelco total a las presentes tendencias y prácticas de gobierno.

Son los pueblos los que nos llaman ahora a todos y cada uno para que, “fraternalmente”, como establece el artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos, garanticemos la dignidad a todos los habitantes de la tierra y, en particular, a las generaciones venideras, y erradiquemos la vergüenza colectiva de la pobreza y la subsistencia en condiciones indignas. Esta vez ganaremos. Si logramos unir todas las voces. Todas las manos.

Federico Mayor Zaragoza  
Marzo 2005.